

Las mujeres de Edison

Patricia Nieto*

Resumen

El documental *La Sierra* narra la vida y la muerte de Edison Flórez, un chico de 22 años, líder barrial del bloque Metro de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), que combatió por el control del territorio contra bandas, milicianos, paramilitares y agentes del Estado, y fue asesinado antes de que sus hombres, sin orientación militar e ideológica, se unieran al bloque Cacique Nutibara -su último enemigo- de las mismas autodefensas e ingresaran al proyecto de desmovilización promovido por el gobierno nacional. *La Sierra* fue realizado en Medellín por Margarita Martínez y Scott Dalton en 2003.

Palabras clave: guerra, control del territorio, conflicto y género, género y relaciones de poder.

Recibido: 10 de Marzo

Aceptado: 10 de Abril

“A mí me hubiera gustado que mis hijos fueran mujeres porque al menos uno sabe que van a sobrevivir... pero la mayoría son hombres”. Edison

Mujeres de *La Sierra* descienden por un atajo hasta la orilla del riachuelo. El agua choca contra algunas piedras y se tiñe de rojo. Ellas, con el agua hasta los tobillos, se inclinan sobre el muchacho muerto. Espantan las moscas que buscan sus labios; se preguntan si en verdad está muerto; le tocan la cara y la cabeza se tiende sin voluntad sobre el hombro. Gritan. Desandan el camino de tierra con pasos torpes. Una vez en el pavimento se desgarran, no tienen lágrimas y sí profundos lamentos.

Así comienza *La Sierra*, un documental que desde la primera escena devela el tono de su narración: realista, como se supone son todos los textos que eligen este género; hiper-realista, digo, queriendo encajar en una palabra la sobredosis de vida cotidiana en medio del conflicto armado que nos muestra.

Las chicas se van por las calles llorando, abrazadas a otras mujeres, y lamentando que sus hijos se quedaron sin padre y ellas sin marido. Entonces la cámara abre el plano y queda a la vista la imagen de *La Sierra*, un barrio popular de

Medellín, la segunda ciudad de Colombia, donde han combatido a sangre y fuego milicias urbanas de la guerrilla, comandos de grupos paramilitares y cuerpos especiales de las Fuerzas Armadas del país.

La Sierra se ve como un barrio empinado, pesado para el caminante y ligero para los autobuses que pasan como rayos por las calles estrechas; hacinado, por la cantidad de casas que crecen encima de otras; brillante, de cuenta del sol que reverbera sobre el cemento cuando pega sin clemencia; estridente, por las músicas variopintas que braman los parlantes instalados en cada tienda, en cada bar, en cada estacionamiento, en cada casa con las puertas abiertas; atemorizado, según se deduce de los letreros amenazantes pintados en las paredes; vencido, si se escucha con atención las palabras de un viejo que habla desde un fondo oscuro a través de una ventana: “estamos en manos de muchachos, de muchachos armados”.

La Sierra narra la vida de un chico de 22 años, líder barrial del bloque Metro de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), que combatió por el control del territorio contra bandas, milicianos,

* Comunicadora Social – Periodista, Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia

paramilitares y agentes del Estado, y fue asesinado antes de que sus hombres, sin orientación militar e ideológica, se unieran al bloque Cacique Nutibara - su último enemigo- de las mismas autodefensas e ingresaran al proyecto de desmovilización promovido por el gobierno nacional.

Edison Flórez permitió que Margarita Martínez y Scott Dalton grabaran durante 2003 cien horas en las que captaron su cotidianidad, su pensamiento y el contexto en el que desarrolló su corta existencia. “Quería que conociéramos su vida, que la documentáramos, que lo hiciéramos inmortal... sentía que a cada instante vivía su último momento” (Martínez, 2005: 84).

Siguiendo los pasos de Edison, los documentalistas lograron retratar mucho más que la vida de un muchacho ya de suyo singular; llegaron a mostrar los roles perfilados y las relaciones de complicidad, lealtad, admiración, afecto y amor que los líderes armados de las ciudades edifican y tejen en su comunidad. Jesús, por ejemplo, podría representar la fidelidad a su jefe, resultado del miedo producido por decenas de enemigos resultantes de “guerras” anteriores; y “Pirulo”, constituirse en el icono de los niños que crecen bajo el único amparo de las armas y, aprendiendo a limpiarlas, cargarlas, transportarlas, se hacen hombres a la sombra del jefe militar de turno.

En un segundo plano de la narración –no por ello oculto o menos fuerte- aparecen las voces y las imágenes de las mujeres de La Sierra:

De su mano (de Edison) conocimos las guerras con los barrios vecinos y las mujeres-niñas, madres de sus seis hijos. En ese momento, un par estaban embarazadas, y en los meses siguientes otras más quedarían en estado, lo que se traduciría en que casi todos sus hijos tenían la misma edad. Las madres eran muchachas entre los 14 y los 16 años. Sólo una, la mamá de su hijo mayor, Esteban, superaba los 20. Tenía una “propia mujer”, Geidy, con la que llevaba unos tres años de noviazgo. Ella, para la época tenía 16. Meses después sería la última que quedaría embarazada de una bella niña nacida después de la muerte de Edison (Martínez, 2005: 84).

¿Cuáles son los ejes de representación de las relaciones entre los sexos que las mujeres de Edison y él mismo elaboran a través de su discurso en el documental La Sierra? La Sierra puede ser vista como, de hecho se ha presentado, la narrativa de

un micro-conflicto armado en el seno de una ciudad que lleva más de veinte años de enfrentamientos armados de diversa índole. O puede leerse, desde otra perspectiva, casi como una etnografía de las relaciones entre los sexos en una micro-historia de la confrontación armada en una ciudad latinoamericana.

Acogiéndome a la segunda opción, puedo decir que las páginas que siguen intentan una lectura de los discursos biográficos¹ de las mujeres presentes en el documental La Sierra, en la perspectiva de los Estudios Culturales que albergan los análisis desde la categoría de Género.

Joan W. Scott define el género como “un elemento constitutivo de las relaciones basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1990: 44). De este modo la noción de género sale de la entraña misma de la gramática, del ámbito exclusivo de los estudios feministas, de la clínica psicoanalítica, de los debates políticos para instalarse como uno de los ejes de los estudios socio-culturales.

El mismo autor enseña a leer las dos partes que contiene la definición que aporta:

1. El género es un elemento constitutivo de las relaciones basadas en las diferencias que distinguen los sexos.

De aquí se desprenden cuatro elementos que interrelacionados permiten, en este caso, la lectura de los discursos:

- a. Símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples (y a menudo contradictorias) como Eva y María.
- b. Conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos, en un intento por limitar y contener sus posibilidades metafóricas. Estas posiciones aparecen como fruto del consenso social y no del conflicto. Se refiere a las doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas.
- c. Nociones políticas y referencias a las instituciones y organizaciones sociales que definen las relaciones entre los sexos. Por ejemplo el mercado laboral, la participación en la política, los principios de organización de las instituciones escolares.
- d. La identidad subjetiva que Gayle Rubin acerca al concepto psicoanalítico de transformación de la sexualidad biológica, se construye a

medida que los individuos son aculturados (Rubin: 199). Y agrega Scott, para salvar la unidireccionalidad de la aproximación de Rubin, que en este aspecto los historiadores “necesitan investigar las formas en que se construyen esencialmente las identidades genéricas y relacionar sus hallazgos con una serie de actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales históricamente específicas” (Scott, 1990: 46).

2. El género es una forma primaria de relaciones significantes de poder.

Esta parte de la definición saca del encierro a los estudios de género relacionados por algunos campos sólo al estudio de las mujeres, del sexo débil o de las conquistas históricas de los grupos feministas. Pone sobre la mesa la necesidad de estudiar las relaciones entre los sexos como escenario de definición de poderes. Así, entran en juego las mujeres y los hombres con las múltiples posibilidades de relaciones que pueden establecer según historias particulares. Esto permite incluir las nociones de homosexual, transexual, bisexual, neutro o asexual, por ejemplo.

En este sentido dice Scott “podemos escribir la historia de ese proceso únicamente si reconocemos que hombre y mujer son al mismo tiempo categorías vacías y rebosantes. Vacías porque carecen de un significado último.

Rebosantes, porque aún cuando parecen estables, contienen en su seno definiciones alternativas, negadas o eliminadas” (Scott, 1990: 55)

Heydi, Cielo, Yurani, Yazmín, Jesús y Edison son los personajes protagonistas de La Sierra. Sus voces dibujan los ejes de representación de la relación entre los sexos en ésta micro-historia. Los discursos sobre el tiempo, el amor y la muerte tejen un relato en el que se pueden leer los roles y relaciones definidos según el género. El abordaje de sus discursos está guiado, como ya se anunció, por la metodología de las historias de vida y en concreto por el patrón ideográfico. Éste permite construir categorías de análisis a partir de la propia persona y de lo dicho por ésta y de su entorno; además, tiene en cuenta la percepción propia de

cada individuo con el fin de descubrir la autoconcepción de cada sujeto, en este caso, el de las mujeres y los hombres del documental y las relaciones que establecen.

La aspiración vital de estas páginas es traer para la meditación algunos de los discursos expresados en La Sierra, ejercicio que puede resultar valioso en un contexto como el colombiano, donde el prolongado conflicto con sus visibles efectos se aspira a borrar del recuerdo individual y colectivo con expresiones como no ha sucedido nada, no ha quedado nada, no hay nada que recordar².

El eterno presente

Las voces de La Sierra, se encaminan hacia dos concepciones radicalmente opuestas del papel del tiempo como eje vital de la historia. Mientras que para los hombres guerreros sólo existe el presente por la certeza de una muerte pronta y estéril, para las mujeres es posible pensar el futuro como un momento de incertidumbre en el que se saben vivas, madres y solas.

Jesús, un joven de 20 años que ha pasado la mitad de su vida en el fragor de los combates barriales, deja ver en sus palabras algún sentido de continuidad marcado por las que llama “guerras” que inevitablemente conllevan la negación del futuro. “Detrás de una guerra viene otra y otra. Por eso hay que vivir esta vida, disfrutar de lo poco que uno tenga”, dice Jesús como

refiriendo su existencia a una espiral de conflictos que se presentan con ropajes nuevos pero que solo corresponden a una dramática reedición del mismo.

Suspendido en lo que podría denominarse un eterno presente Jesús agrega “destino... no... nosotros pensamos en el presente siempre. Nosotros no pensamos en el futuro. En el presente, en qué va a pasar mañana: si vamos a estar vivos o vamos a estar muertos”. De esta manera sugiere que la única marca entre un tiempo y otro es la muerte. Cuando muera, cuando lo asesinen en alguna de las calles de La Sierra, el reloj de Jesús echará a andar los minutos de su pasado. Se hablará de cuando Jesús estaba vivo y de ahora que ha muerto como una manera de integrarlo en la memoria que seguramente sus familiares construirán a pesar de él.

Mientras que para los hombres guerreros sólo existe el presente por la certeza de una muerte pronta y estéril, para las mujeres es posible pensar el futuro como un momento de incertidumbre en el que se saben vivas, madres y solas.

La marca de la muerte como la diferencia entre los únicos dos tiempos posibles la refrenda Edison, el comandante protagonista, cuando reflexiona: “No me gusta recordar la muerte porque es como mirar el pasado y a mí no me gusta mirar atrás. Me importa lo que pasa de este segundo en adelante”. Adelante, se lee en este contexto como la certeza del minuto que marcará la diferencia entre la vida y la muerte.

La única advertencia de un futuro en el discurso de Jesús aparece cuando habla de su hijo, pero es claro que quien tendrá futuro será el bebe y no el padre que ya se siente derrotado. Deseando, casi implorando unos días más de vida dice: “el que tengo ahora (el sueño) es conocer a mi bebe. Tan siquiera

compartir con él siete u ocho meses. Que no me pase como al parcero que al mes de haber tenido la niña, lo mataron”.

Las mujeres, por su parte, parecen compartir con los hombres esa sensación de un presente, por ahora estático, como si tuvieran la convicción de que las manecillas de sus relojes van a comenzar la marcha cuando sus hombres ya no estén. Yurani, de 14 años, la menor de las mujeres de Edison, lo expresa de este modo: “Ya el año entrante me toca estudiar y no estar tan comprometida con un muchacho de por acá porque no les veo futuro. Yo quiero salir adelante con mi hijo, pero de ellos no conozco el primero que quiera salir adelante. No lo conozco. Yo no les veo futuro”.

El futuro de estas chicas será la viudez, por ahora esperan que el tiempo de sus hombres marque el ritmo de sus vidas. En algún fragmento parece que Jesús se aproximara a esta noción femenina del tiempo cuando dice: “Hay que esperar a que pase el tiempo a ver qué pasa”. En sus palabras está el deseo escondido de sobrevivir para conocer el rostro de su hijo, pero lo que pasará será, indudablemente, lo que su novia pueda hacer con su hijo cuando esté sola.

Edison refuerza esa noción de temporalidad referida al momento de la muerte cuando cuenta como una semana antes de que el hijo de Jazmín naciera él tuvo un combate. “Yo dudaba en ir –recuerda- pero pensé: que la mamá le cuente que lo quise conocer. Ya lo conocí y fue como un triunfo. Pasar la prueba de ese combate y estar vivo todavía es un logro”.

Edison es enfático cuando se refiere a que la responsabilidad por el futuro está en manos de las mujeres: “Yo siempre les he dicho que en esta vida tienen que estar listas para que cualquier día me maten (...) que ellas tienen que aprender a sobrevivir

solas, que uno no va a ser eterno. Estamos en la etapa de nosotros y eso pasa, como ha pasado la etapa de todos los comandantes”. Seguridad que Cielo, una chica que sostiene a su hijo vendiendo dulces en los buses y bailando eventualmente en algunos bares, refrenda: “Sergio Oliver me dejó un recuerdo muy lindo que es mi hijo y me gusta más porque lleva el mismo nombre que él”. Habla como si el bebe representara todas las cosas que su novio no pudo darle en vida, por ejemplo la

promesa de un futuro tranquilo y feliz.

Don Jairo, padre de Edison y quién encontró la paz en la oración después de una vida dedicada a la violencia, toma el ideal femenino para hablar del tiempo. Para él, la historia de su hijo no termina con su muerte. “Tengo la convicción -dice- de que el sacrificio de Edison va a dar muchos frutos”. Se refiere con ello a lo que podrán ser sus seis nietos, hijos de Edison con diferentes mujeres, a quienes reúne cada mes con el fin de realizar un ritual que puede entenderse como una manera de elaborar el duelo por la pérdida de su hijo y de establecer vínculos de fraternidad.

“Cada mes, el día veinticuatro nos reunimos. Vienen todas con el fin de traer a los niños, nos gusta tener a los niños aquí. Lo que buscamos es que haya unidad, que no existan divisiones o resentimientos entre ellos. Los nietos son para mí mis hijos y qué padre quiere que sus hijos estén divididos”. Pregunta don Jairo en una de las escenas más conmovedoras del documental cuando se narra la tarde de un día 24 en el que las seis “viudas” y sus hijos van a la casa de los padres de Edison para rezar, cantar, jugar y compartir algún alimento. Es entonces cuando de una manera sutil, el documental se acerca al lenguaje de las mujeres y reafirma que el futuro está en las manos de estas chicas madres y solas.

Vacío de amor

La Sierra es una historia en la que el hilo del amor está sostenido entre el Edison, el jefe de la

En sus palabras está el deseo escondido de sobrevivir para conocer el rostro de su hijo, pero lo que pasará será, indudablemente, lo que su novia pueda hacer con su hijo cuando esté sola.

zona, y seis mujeres con quienes tiene relaciones sexuales y compromisos económicos. Cinco de ellas son sus novias y una su mujer, con quien vive bajo el mismo techo. La trama amorosa, dado el número y variedad de personajes involucrados, es bastante compleja aunque el protagonista masculino muestra tener todo bajo control. Son relaciones fundadas en la atracción física, la aceptación de las normas que impone el comandante, el prestigio social que da saberse al lado de un hombre poderoso, y el vacío de amor que se evidencia en las palabras.

Después del entierro de Edison, quien fue abatido por las Fuerzas Especiales de la Policía Nacional precisamente una noche en la que se grababa el documental, Jazmín, de 16 años y embarazada, confiesa entre lágrimas: “Amor, amor... lo que se llama amor verdadero nunca, nunca lo he sentido y ojalá que jamás lo sienta”.

Jazmín conoció a Edison por medio de su amiga Heydi, la mujer oficial. “Él me empezó a molestar desde el primer día hasta que ya... ahora estoy con él, le voy a tener un hijo” es la manera como Jazmín expresa el nivel alcanzado en su corta relación. No se trata de amarlo sino de tener un hijo suyo o, mejor, de tenerle un hijo al comandante. El vientre de la mujer se convierte así en el espacio que el jefe militar puede llenar con su capacidad de reproducción biológica, es un recipiente para que el jefe se prolongue en la historia a través de sus hijos. La mujer no es la compañera del cuerpo y del alma, que institucionalizó la sociedad católica de Medellín; es un cuerpo que permite el goce del hombre y la prolongación de su existencia.

Un sentimiento similar sale de los labios de Yurani, la menor de las mujeres de Edison, cuando dice: “yo no sé que siento por él, ojalá que no sea amor porque no aguanta”. Es decir, no tiene sentido enamorarse de un hombre que está en las armas, que tiene relaciones con tantas mujeres, por el que siempre hay que esperar. Al final, Yurani, en tono de lamento concluye: “ya me tocó tener un hijo con uno de ellos”, refiriéndose a los muchachos de los grupos

armados y a que su embarazo parece decidido por fuerzas diferentes a las suyas, por decir algo al destino, al azar, a la voluntad divina.

¿Qué lleva a los hombres y mujeres que protagonizan La Sierra a establecer relaciones amorosas en un escenario donde el amor, edificado en pareja como se sugiere en nuestra sociedad, es casi un imposible?

Edison adelanta una respuesta, por supuesto sesgada, en la que queda excluida la responsabilidad masculina en la construcción amorosa y, claro, el amor mismo. “En Medellín decimos que las mujeres están donde estén las armas, la gasolina o los comandantes, ahí están, ahí las tienen... Las mujeres de por acá son muy

desesperadas por el sexo y más frente a alguien que tiene moto o *fierros*. Les gusta la adrenalina, las cosas fuertes”.

Será que la cercanía al poder puede, en micro-sociedades con la de La Sierra, crear relaciones amorosas particulares en las que sobresale más la excitación que produce la escenificación de ese

poder a través de armas, los autos y la muerte, que las pasiones que desata la atracción amorosa, sexual y erótica que promete satisfacción, felicidad, estabilidad, futuro.

Una mención especial en el capítulo del amor merece la historia de Cielo, la única protagonista del documental que no es novia de Edison pero sí de otros muchachos armados. En una de las escenas Cielo aparece conversando con su novio en un patio de la Cárcel Nacional

Bellavista, ubicada en las afueras de Medellín. Aparece besándose con Carlos y la conversación que sostienen es la siguiente:

Carlos: ¿Cuándo me dejará en paz?

Cielo: Cuando nos casemos (risas)

Porque nosotros ya nos podemos casar...
Vea, nos casamos. Usted con un cachaco morado y yo con un vestido rojo.

Vea, digamos que a usted lo condenan a bastantes años y le dicen que le rebajan la pena si se casa

La Sierra es una historia en la que el hilo del amor está sostenido entre el Edison, el jefe de la zona, y seis mujeres con quienes tiene relaciones sexuales y compromisos económicos.

La mujer no es la compañera del cuerpo y del alma, que institucionalizó la sociedad católica de Medellín; es un cuerpo que permite el goce del hombre y la prolongación de su existencia.

Carlos: No. Hay muchas formas de rebajar sentencia.

Cielo: Usted se casa conmigo sabiendo que yo soy la persona a la que usted más quiere después de su mamá.

Las palabras de Cielo, madre un varoncito, llevan a pensar que en su ideario están los símbolos del amor y el matrimonio que ha establecido la sociedad y que su sueño sería construir una familia con esposo y con hijos. Sin embargo, la historia es contraria a sus deseos. Fue viuda a los 14 años de un chico que andaba en los grupos armados, se enamoró de Carlos por quien viajaba todos los domingos a la cárcel y se sometía los más humillantes exámenes vaginales para verlo, besarlo y hablarle de amor, y al final se encuentra, en el centro de Medellín, con un muchacho que la visita en su casa y la acompaña en la noches pero que tampoco le ofrece seguridad porque no tiene un empleo ni sabe ejercer un oficio.

Cielo se sabe en una situación límite de su vida: “En el Centro he pedido plata y me dicen: ¡Usted tan linda pidiendo plata! ¿Por qué no pone su cuerpo mejor? Una amiga me lo ha aconsejado. Ella trabaja en un bar estando con los hombres. Ella cree que yo voy a seguir el mismo camino que ella sigue. Ella se va el viernes por la tarde y viene el domingo. A veces trae 120, 200 mil pesos. Yo ya fui a trabajar en un bar, en un bar de show. No sé si estoy bien o mal. Yo sólo quiero salir adelante con mi niño”.

Tras las palabras de Cielo se puede leer la certeza de que su suerte está echada. Si antes decía “para mí lo duro, sería vender mi cuerpo por llevarle el sustento a él (al novio)”, meses después cuando acepta su ingreso al mundo de los espectáculos sexuales, sabe que ha tomado un rumbo, el único que la ciudad le ofrece a una chica con su historia.

Los silencios de la muerte

Ningún discurso es tan fuerte en La Sierra como el de la muerte. Es ella la que marca los cambios significativos de los protagonistas. El tiempo está ahí, establecido con contrariedades, como hemos visto; el amor, salido de los símbolos y las instituciones convenidas socialmente pide un aire en medio de tanta soledad; y la muerte es contundente con su presencia que lo rebosa todo a pesar de que oralmente es la referencia menos constante. Es decir,

en La Sierra se habla del tiempo y del amor pero a la muerte casi no se la nombra, directamente se la muestra con la contundencia del relato documental.

Edison yace, muerto, en la calle asfaltada y mojada por la llovizna. La gente se arremolina. ¿Está muerto? pregunta una mujer. Su hermana se arrodilla cerca del cadáver y toca el hilo de sangre que sale del cuerpo. Con sus manos manchadas comienza a ejecutar la misma gestualidad de dolor presente en la primera escena del documental. Quiere desmayarse pero se contiene, deja caer un poco su cuerpo y saca fuerzas para incorporarse. No llora, gime, lamenta. Otras mujeres la sostienen y se aleja.

No hay palabras para el impacto que produce una muerte, así sea esperada como la Edison. Por eso, los documentalistas respetan el sonido real de la escena. Ellos tampoco pueden intervenir ese momento crucial de una comunidad con palabras que sonarían insolentes.

Para la Policía Metropolitana de Medellín y para los medios de comunicación, Edison fue un miliciano más muerto en enfrentamientos con la fuerza pública. Para los habitantes de La Sierra fue un acontecimiento que cambió su historia reciente.

Con la muerte de Flórez se puso fin al último grupo de autodefensas del bloque Metro que actuaba en la zona nororiental. Pese a funcionar como un conflicto barrial y en algunos casos interbarrial, su conexión con el

conflicto armado en Colombia era, en los últimos tiempos, la justificación de sus acciones. Con la muerte de Edison el bloque Cacique Nutibara de las AUC controló toda la comuna nororiental de la ciudad e inició conversaciones con el gobierno nacional para su desmovilización. En los actos protocolarios de la firma de los acuerdos, era posible ver a Jesús y a otros muchachos de La Sierra luciendo uniformes recién comprados, entregando sus armas y disponiéndose para una vuelta de tuerca del conflicto colombiano.

En La Sierra, la muerte de Edison Flórez se vive con intensidad y públicamente como sucede con los acontecimientos que irrumpen en la cotidianidad. Ya no hay líder ni jefe militar, entonces llega el desconcierto. ¿Quién ocupará su lugar? ¿Quién será el responsable de mantener el orden que ya se había impuesto? ¿Qué desgracias traerá el acomodamiento de una nueva autoridad legal o no?

En La Sierra se habla del tiempo y del amor pero a la muerte casi no se la nombra, directamente se la muestra con la contundencia del relato documental.

Ya no habrá novio ni esposo ni padre. ¿Quién ocupará ese lugar? Las mujeres lloran desconsoladas en torno al ataúd. Viven como único ese momento que esperaban, con el que quizá fantaseaban sólo por el secreto atractivo de saber qué vendrá después. Ellas, las seis, pasan a verlo en el cajón mientras que don Jairo entona el Ave María. Parece que ellas fueran las vírgenes dolorosas y esa su procesión de soledad. Abren el cajón, lo acarician, le gritan que lo aman. En el cementerio se pegan del ataúd como si quisieran sentir la rigidez de ese último abrazo; cada una le lanza un flor y luego, de una en una le tiran de a palada de tierra para empezar a cubrirlo.

Ellas saben, creo yo, que las manecillas del reloj empiezan a girar de nuevo y que sus vidas salen de un molde de hielo y que deben agitarse y sacudirse y caminar y cantar y gritar porque el hechizo que las tenía sumidas en un sueño profundo ya no existe. ■

Notas

1 Método que “aboga por una descripción de la persona en un momento y contexto determinados” (1997: 1). Puede apreciarse cómo es una mirada conceptual conducente a advertir sobre los cambios venidos de sucesos vitales y como también lo anotan las autoras, dicho método opera como una forma de descripción del recuerdo biográfico y sus efectos en los protagonistas del mismo.

2 Pues como bien se ha visto, en particular en los dos últimos años expuestos a la polémica instauración de la ley de “Justicia y paz” recientemente sancionada, se trata de una manera ingenua, de limpiar un territorio de las huellas de la guerra y del conflicto. Pretensión difícil cuando la sucesión de hechos es tan incontrolable que el más inmediato de todos, hace opacar los previos, así la magnitud del horror haya sido igual o similar. El deber ético es entonces, atender a la reflexión suscitada por unos eventos y ya por largas décadas de lucha que parecen no acabar y en donde la salida, estamos convencidos, tampoco está del lado de una declaratoria a la desmemoria.